

La idolatría y lo iconoclasta

Según parece, los hombres hacían antes la historia sin saberlo, como el “nuevo rico”, el *bourgeois gentilhomme*, de Molière, puesto a instruirse, a hacerse culto, diríamos hoy, descubrió que toda su vida había estado hablando en prosa sin enterarse. Hoy todavía habrá gente que no sabe cómo habla, pero no habrá nadie que sepa leer y escribir, y sea, por tanto, lector de periódicos, que ignore su importancia como actor histórico. Frecuentemente se le está afirmando que son históricos hechos en los que él toma parte. ¿La historia de los hombres, quién ha de hacerla sino los hombres? Se dirá una evidencia y no es tan evidente. Aunque sólo fuese por su cobardía son desechables las tesis de la irresponsabilidad humana. Sentirse responsable es lo que le da al hombre eso que se llama su dignidad, es lo que le permite superar su animalidad humana. Todos somos responsables. Y de todo. Aceptado esto queda, sin embargo, por resolver la importancia del hombre en la marcha de los acontecimientos. Aquí ya no se trata de responsabilidad sino de poder. El hombre que puede más, puede tan poco. Esta expresión repetida desde siempre y de la que el hombre nunca ha hecho caso en su afán de poder, tiene su jugo, conviene exprimirlo bien.

El hombre es el ser que más puede. Tuvo un tiempo que considerarse inferior en fuerzas a un cuadrúpedo y en agilidad a un volátil. Les ha superado. Todos los seres pueden mucho. El hombre, más. Y, a pesar, de ello el que puede más de los hombres, puede tan poco, en efecto. ¿No estará el quid en la manera cómo puede? La expresión repetida desde siempre que he citado no se refiere al hombre genérico o específico, al hombre en plural, a la humanidad. Designa expresamente a un hombre singular: el que puede más. ¿Y cuál es el poder mayor de un hombre solo? ¿El de Robinson? Si

el Robinson auténtico, el náufrago en la isla de Juan Fernández, no hubiese sido hallado (el mítico, el de Daniel Defoe, también encuentra a otros hombres), ni siquiera hubiera tenido fuerzas para ser conocido. Pero lo mismo que el poderío manual de Adán materializado, el metafísico del pensamiento soliloquio y el poético del lirismo inefable no tendrían trascendencia en un hombre solo, no podrían ejercerse, quedarían nonatos. Desde luego, el poder tiránico reside, no en el tirano, en la tiranía, en los hombres tiranizados. Existe la democracia, el poder de muchos, y el autócrata, el que se apodera de la democracia, pero la autocracia no existe en realidad, el autócrata utiliza el poder de los otros. El poder del hombre es únicamente poder en el hombre plural. Lo plural es una extensión y al propio tiempo una limitación de lo singular.

Tolstoi en *Guerra y Paz* explica sin convencer (como siempre que se metía a explicar cosas) pero convence haciendo sentir que los hombres hacen la historia de los hombres no tanto en calidad de nombres, de grandes nombres históricos, cuanto en su especie, en lo que hay en ellos de anónimo. En contra de lo que dice Tolstoi sobre Napoleón es evidente —lo ha sido de un modo innegable e nuestro tiempo— que la ciencia militar resulta eficaz. ¿Cómo no había de resultarlo asimismo con Napoleón que organizaba y movía tan prestamente a los ejércitos? Mas el llamado genio, el poder militar de éste, consiste en otra cosa. Recuerdo que cierta vez, un oficial de la Escuela de Guerra, para mostrarnos tal genio a varios amigos civiles y escépticos, nos puso geoméricamente los datos del problema que en el plan de invasión de España se le presentaban a Napoleón, desafiándonos a que lo resolviéramos, y se quedó muy asombrado porque la mayoría coincidió con la solución napoleónica. En abstracto, el problema era muy sencillo: Lo difícil de esa clase de planes es realizarlos. ¿Y qué ponía Napoleón en sus realizaciones militares? Lo mismo que en las políticas. Era un gran estadista, levantaba Estados tan rápidamente como los destruía, dejó creaciones administrativas y leyes que algunas rigen aún. Pero de su política personal no queda nada, ni un imperio, ni un trono, el de Suecia lo afianzó un mariscal suyo, precursor de los que luego habían de abandonarle: Jugando al pimpampum con los reyes, Napoleón, con sus ejércitos y victorias imperiales (y con sus derrotas) no hizo más que seguir la corriente anónima de

la Revolución francesa. ¿En qué consistía entonces su poder? Mejor que en las anécdotas históricas pintadas y grabadas, además de cantadas, se puede ver eso en un hecho sencillo, contado sencillamente, no exaltado, por un testigo presencial, precisamente en la guerra de España. Napoleón, desde Madrid, quiso ir precipitadamente al norte por la sierra de Guadarrama a pesar de que era invierno y el paso se hallaba cerrado por la nieve. Cuando llegó acompañado de su reluciente Estado Mayor al pie de la sierra, su ejército, que había intentado subir, bajaba descompuesto, los soldados a la desbandada, indignados, blasfemando, cubiertos de nieve y empujados por el viento, los caballos despavoridos, los cañones y los carros dando tumbos. Napoleón se quedó un momento contemplando aquel desastre que, sin duda, no había previsto, y no dio ninguna orden, ni regañó a nadie, ni siquiera habló. Se apeó del caballo, los generales de su Estado Mayor, sin saber por qué lo hacía, le imitaron: entonces él dio el brazo derecho a un general, el izquierdo a otro, los demás generales comprendieron, se pusieron a los dos lados dándose el brazo, y las figuras más brillantes del Estado Mayor fuertemente trabadas en hilera, llevando en el centro a Napoleón que se destacaba por la sencillez de su uniforme, emprendieron la marcha decididamente sierra arriba. Napoleón llegó a lo alto subido en un cañón el cual iba arrastrado por los soldados que daban hurras y vivas al emperador. En esto consistía su poder, en ser llevado en vilo por los soldados, en ser, no ya su jefe, su ídolo.

Será verdad, como hace observar Tolstoi, que la batalla de Waterloo estuvo bien preparada como la de Austerlitz y no hubo más fallas y faltas en la derrota que en las victorias de Napoleón. Hará bien Tolstoi en reírse de las órdenes dadas por el genio militar en el campo de batalla que no podían cumplirse o no se cumplían porque llegaban tarde o no llegaban, puesto que no había teléfonos y las órdenes eran llevadas a caballo a través de las balas, pero tampoco se puede suprimir lo singular, lo personal, en el poder anónimo de la idolatría. Tras la idolatría viene por ello lo iconoclasta. Napoleón terminó tan abandonado y renegado por los franceses como perseguido por los ingleses. Si hoy se pregunta a un labriego de Francia qué idea tiene de Napoleón, lo más probable es que conteste diciendo algo como lo siguiente: “No era de

esta tierra y aunque dijo que quería tanto al pueblo francés, hizo matar a innumerables franceses y sin ningún beneficio”, como muchos españoles sostienen que Carlos V es el extranjero perturbador que tuerce el destino normal y feliz de España. Pocos sucesos históricos más impresionantes *in vivo* que el levantamiento y derrumbe de la idolatría. Ése sí que es un suceso histórico en el que participa todo el mundo. Ha habido varios memorables en nuestro tiempo.

Yo he visto de cerca el que tuvo como protagonista, en la primera Guerra Mundial de nuestro siglo, a Clemenceau, periodista (cosa rara en Francia) que no sabía escribir, político turbulento y mordaz, de alzadas y bajadas, que había estado mezclado a toda la historia de la tercera República francesa, era uno de esos franceses que no creían en nada ni en nadie y menos que en todo lo demás, en sus compatriotas, a los que estaba siempre satirizando, y luego resultaba que creían en Francia como aquel baturro del cuento que no creía en Dios pero creía en la Virgen del Pilar. A este idólatra, la guerra de 1914 le convirtió en un ídolo. “Yo hago la guerra” era su divisa que entusiasmaba y obligaba a hacer la guerra a los demás; él no tenía que hacerla. Su energía poderosa, a pesar de sus muchos años, semejante a una fuerza irresistible de la naturaleza, le llevó sin que pudieran evitarlo sus enemigos internos, los otros políticos, empezando por el entonces presidente de la República, a hacerse cargo por su parte de Francia de aquella matanza internacional que él aumentó en el interior de su país con fusilamientos de circunstancia. Resultó el hombre de la victoria en Francia y en todo el campo beligerante triunfador. En cuanto se firmó el tratado de paz fue derribado el ídolo, los mismos idólatras fueron iconoclastas. Entonces se vio que Clemenceau había nacido realmente para ser gran hombre, supo lo que debía hacer para serlo o por lo menos, si se permite la sospecha maliciosa, para parecerlo. Se retiró a su tierra natal, a una casita aislada frente al océano. Se negó a hablar, no escribió sus memorias. En sus diálogos con la inmensidad es probable que se preguntara cuál es el valor de la intervención del hombre en la historia. Otro ídolo caído de nuestro tiempo vive todavía, es una de esas sombras europeas que se pasean por los Campos Elíseos de mentirijillas, la Costa Azul francesa: Churchill.

El caso de Stalin, la última idolatría seguida de iconoclastismo (Lenin no la inicia, no fue ídolo hasta después de muerto, en tiempos de Stalin; en vida compartía su fama con las de Trotsky y las otras figuras de la Revolución rusa), hace pensar en otra curiosidad histórica; corrobora, en lo posible, la curva trazada al devenir de una revolución, tomando como modelo la Revolución francesa. A los hitos de tal curva se le ponen los letreros de: rebelión, anarquía, terror, dictadura, democracia que puede tener intermitencias y sacudidas pero desemboca en su realización. Lo que llevaba en el fondo la Revolución de la burguesía francesa (el régimen constitucional preconizado por los enciclopedistas y predicado por Mirabeau) no arraiga sino con la tercera República, en 1871. Tardó un siglo en realizarse. Lo posible de la corroboración señalada se halla condicionado por dos hechos contradictorios: la Revolución rusa empezó siendo social y no ha llegado todavía a ser política mientras que en los países de revolución constitucional, a la francesa, la revolución política ha pasado hasta el punto de que de la democracia se va a la dictadura.

(El Nacional, 28 de abril de 1956)